

obras hechas en la vida tienen un peso muy diferente. Causa asombro á veces, ver convertidos de repente algunos pecadores; ver que unos hombres licenciosos renuncian sus costumbres, y siguen el partido del servicio de Dios; pero yo no me asombro, si estos pecadores han sido misericordiosos con los pobres. Esto es cumplirse los oráculos del Evangelio; este es el efecto de las palabras de Jesucristo; esta es la bendicion de la limosna.

Prevenamos, amados oyentes míos, un juicio tan terrible. Despertemos en nuestros corazones todos los sentimientos de una caridad cristiana; y hagamos con nuestras limosnas santas amigos, que nos reciban en aquella pátria feliz, que á todos os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

LIMOSNA.—La limosna es:

- 1.º Una de las obras que Jesucristo ha encargado más especialmente.
- 2.º Una de las obras más elogiadas por la Iglesia.
- 3.º Una de las obras que los cristianos deben hacer con mayor afecto.

LIMOSNA.—Al hacerla debemos preferir:

- 1.º Los pobres de buena conducta, á los que la tienen mala.
- 2.º Nuestros parientes cuando están en necesidad, á los pobres forasteros.
- 3.º Los pobres inválidos, á los que pueden trabajar.

LIMOSNA.—La limosna debe ser proporcionada:

- 1.º A las riquezas de los que la hacen.
- 2.º A las necesidades de los que la reciben.
- 3.º A las gracias que se piden á Dios.

LIMOSNA.—Es preciso pedir limosna:

- 1.º Con modestia.
- 2.º Con paciencia.
- 3.º Con circunspeccion.

LIMOSNA.—Es preciso recibir la limosna:

- 1.º Con sentimientos de piedad.
- 2.º Con sentimientos de humildad.
- 3.º Con sentimientos de gratitud.

Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los santos Padres sobre la LIMOSNA; véase: CARIDAD y POBRES.

LISONJA; véase: ADULACION.

LISONJEROS; véase: ADULADORES.

LLUVIAS; véase: CALAMIDADES PÚBLICAS.

LITERATURA INMORAL.

(SU INFLUENCIA.)

Mors et vita in manu lingue.
La muerte y la vida están en poder de la lengua.

(PROV. XVIII, 21.)

Hay, hermanos míos, una creacion del génio moderno, que ha hecho de la palabra el supremo poder de la sociedad humana, fecunda para el bien ó el mal, sin límites en su accion, ya destruya ó ya edifique, esto es, á voluntad del hombre, y segun sea aplicada por la conciencia ó por las pasiones; el mayor beneficio para los pueblos, ó la mayor calamidad. Esta moderna creacion es la *prensa*.

Si la prensa está en manos de la probidad, de la inteligencia y de la virtud, se hace en el mundo la más feliz de las revoluciones, se destierra la ignorancia, caen de sí mismas las preocupaciones, la razon se aclara y se dilata; florecen las sanas costumbres, progresa la religion por el respeto público, y dá á los pueblos en beneficios y virtudes cuanto recibe de ellos en fuerza y reconocimiento. Da la realidad á las esperanzas del Pontífice supremo, que, desde su origen, la saludó como una institucion fundada para la gloria de Dios, el aumento de la fé, y la propagacion de todo lo útil.

Si en manos de la corrupcion y de la impiedad, en el mundo todo se desquicia y se confunde: se apoderan del hombre las preocupacio-

nes, se propaga el error y se ingiere en las capacidades, olvida su mision el talento, haciéndose poder ilimitado del mal; verificase una especie de revolucion infernal, de la que resultan atentados indecibles, de los que, ni la misma malicia del hombre es capaz, aunque en algunos hay perversidad de Satanás. Se podria decir, que la palabra no les ha sido dada sinó para propagar el más funesto mal, y que no usan de ella sinó para predicar en todo el globo y vomitar la inmoralidad y la blasfemia. Por consiguiente, las costumbres caen y se relajan, desaparece la religion y su culto, la inteligencia se oscurece, y muere la humanidad. *Mors et vita in manu lingue.*

Por este cuadro, que rápidamente os he trazado, no conocereis aún con demasia la fiel pintura de los malos libros, y los males que causan y derraman en el seno de la sociedad. Nosotros, sin duda, no estamos abandonados de tal modo por Dios, que su causa no cuente en el seno de las fieles más talentos que sus enemigos y perseguidores tienen en sus rangos. Hay algunos de quienes la religion bendice y honra el acrisolado celo de su apostolado; mas ¿cuántos apóstoles de la mentira y del error se hallan en oposicion, atacan los apóstoles de la virtud, y al lado de esta mision que da luz y vida, cuántas tenebrosas y que dan la muerte? ¿Qué torrente tan tempestuoso de impresos y libros corrompidos é impíos!

Dios mismo y la conciencia nos impone el deber, de protestar, desde esta cátedra de la verdad, y prevenir los fieles contra el grande escándalo de la impiedad. Para cumplir con tan noble ministerio en favor de la Iglesia y la sociedad, venimos hoy á exponeros cómo se aprecian los malos libros, y todos reunidos, observemos el grave mal que hacen los autores impíos é inmorales. Yo hablaré con la libertad del ministerio apostólico, sin que ninguno pueda temer. No condenaré sinó el mal que propagan con sus escritos perversos, y haré justicia al bien de que pueden ser causa. Pidamos al Espíritu Santo que inspire mi alma con aquella sabiduría que siempre mide, y ponga en mis lábios con la fuerza irresistible de la verdad y la conciencia. A. M.

1. ¡Feliz el escritor que comprende el deber de su inteligencia, que se dedica á cumplirle, y cuyas obras, puras como su vida, son consagradas á la propagacion de la verdad! Su nombre será memorable, porque sus escritos no sonrojan la inocencia y solicitud de los padres, no le acusan las familias de sus males, ni la pátria podrá imputarle complicidad en sus desastres, y el porvenir no maldecirá su memoria. Quienes lean sus escritos encontrarán inocencia y virtud

para los jóvenes; consejero y amigo, los ancianos, pues les renueva lo pasado y les inspira á desear el verdadero bien; y en fin, todos la saludan como á un génio tutelar; al paso que un escritor corruptor é impío, no adquiere otra fama que el menosprecio y vituperio, y aunque se conserve su memoria, le acompaña siempre el aborrecimiento.

¿Qué se ha hecho de aquellos dias, en que la inteligencia comprendia toda su gloria, y sabia merecerla? Entónces respetaba un escritor á sus semejantes, y por consiguiente á sí mismo; sus libros atestiguan la gravedad de sus doctrinas, del mismo modo que la rectitud de su vida; y no le hubieran perdonado una idea culpable, y mucho menos acciones reprecensibles. ¡Oh dias de mi país, cuán léjos estais de nosotros! ¿quién sabe si volveremos á ver dias semejantes?

En medio de nosotros hay dos escuelas, que disputan á Dios el imperio y soberanía de la inteligencia humana. La una, incrédula brutalmente, se mofa de todo dogma, insulta los altares, y mezcla la blasfemia con la alabanza. La otra, más reservada, en su lenguaje más grave, no ménos enemiga de la religion y de la fé en sí misma, no admite sinó ciertos dogmas para abandonarlos; y con su sistema, ensueños y dudas, apaga en las almas toda aspiracion hácia su Criador en el cielo, porque con ellos oscurecen la razon y disecan el corazon de los fieles. La una enseña á reirse de todo, privando á la creencia de la subime majestad que posee, al deber de su importante objeto, y separa los hombres del templo y el altar por la frivolidad del juego que hace de todas las cosas, y por la vanidad, que tiene miedo de hacerse ridiculo. La otra hace más atencion de los delirios del entendimiento, y respetando todos los sistemas, aplica al error el interés que no pertenece sinó á la virtud, apasiona con sus desvaríos la inteligencia, y por la idolatría de la razon infaliblemente conduce al hombre al desprecio de toda institucion religiosa y total olvido de la divinidad.

La una preconiza todas las inclinaciones malas, y en el seno de la sociedad despliega tal corrupcion, que la amenaza con una desorganizacion próxima y sin remedio. La otra se toma de los instintos juiciosos del hombre; y como golpe que ataca y disecca la planta por su sávia, afea las convicciones, paraliza las conciencias, y por la ruina del órden moral, prepara sordamente la de los pueblos y de toda la sociedad. En la una están los blasfemos é impíos declarados, que aterran hasta el pagano, cuya licencia Atenas pagana no hubiera dejado impune. En la otra, los sofistas, que parecen á la decrepitud de las naciones.

Confundidas las dos en igual odio contra la Iglesia y el Evangelio,

unidas para su comun destruccion, aunque divididas en pensamiento y lenguaje; y aunque difieran en los medios, caminan al mismo fin, que es aniquilar el catolicismo, y si pudieran, hasta hacer desaparecer de la tierra el sagrado nombre de Jesucristo.

Son fundamento de las costumbres las creencias, y quebrado este dique ¿qué principio moral se mantendrá en pié? La licencia es consecuencia del sofisma; y mientras los escritores impíos insultan y ultrajan la fé de los pueblos, los corruptores pervierten las buenas costumbres.

No se vió jamás cosa semejante á la que vemos en nuestros dias. Algunos escritores se esfuerzan en fijar la atencion pública por horribles confidencias, y tomar un nombre de su mismo oprobio, amparándose de la celebridad por el crimen: otros arrojan en las familias culpables cuanto una pasion desenfrenada puede imaginar de más monstruoso. Otros en fin, buscan sus héroes entre las lívidas inmundicias de la sociedad.

¿En qué siglo se han visto escritores, que proclamen á la faz del sol inocentes las pasiones, colocar la virtud en la libertad de las inclinaciones, el crimen en las leyes que le encadenan y reprimen, infamar el vínculo sagrado de los matrimonios, y en ellos las familias y sociedad; y lo que llega al colmo del furor, pedir á la conciencia no exexcusas, sinó aplausos y admiracion por los desbarros ó desvarios de la voluntad humana?

En otros siglos, ciertamente el crimen de algunos hombres era disculpable respecto á ciertas pasiones, ó aún el adornarlas. Hoy no son las pasiones las que se inciensan, es el vicio, que se ha declarado hasta el exceso: prestar interés á un sér, que ha violado las leyes del honor y de la probidad; aplicar las buenas calidades de la inteligencia y del corazon á un personaje, de quien sus acciones claman á la infamia pública y al patíbulo; apurar los recursos del entendimiento para decorar un criminal y envanecer un mónstruo, y por temor que nada falte al atentado, sacrificar la inocencia al ridículo y menosprecio; hacer de la piedad el arte de sustituir un vicio á otro; del deber, el cálculo de la hipocresía ó exageracion de fanatismo; poner siempre la pequeñez de la inteligencia, la debilidad de carácter, el egoismo y la imbecilidad de la parte de la virtud; en una palabra, pintar de tal modo los hombres temerosos de Dios y honrados, que nadie quiere parecerseles; atribuir tantas bajezas á la vida cristiana, que asuste tanto la conciencia como las pasiones: ved, pues, el preconizado trabajo de tales escritores, el triunfo que siguen sin descanso. Hombres de quienes es preciso decir con el Espiritu Santo, que cada una de sus

palabras es una imprecacion contra el cielo, apóstoles del infierno, de quienes cada predicacion extiende el imperio del mal.

No hay delito de consecuencias más funestas que el que cometen estos escritores impíos y corrompidos. ¿Cuál es el efecto natural é inherente de los malos libros? ¿No es el de oscurecer nuestra razon, debilitar la conciencia, obstruir la civilizacion, y si les fuera posible, hasta privarnos de nuestra existencia? Por manera, que el daño de los malos libros es un mal de excepcion, y delito de lesa-humanidad y de lesa-nacion. ¿No se ve, cristianos, que el objeto inevitable de los malos libros es, el de atentar á la inteligencia de las naciones de un modo bastante capaz, para entorpecer y detener el progreso de las luces y la dignidad de la razon? Luego, yo les acuso á nombre de la razon, porque son sus más implacables enemigos. Por el interés y prerogativas de la razon, se ven todos los dias sostener con tenacidad el pró y contra de los mismos puntos; defender tésis ó cuestiones las más insensatas; rehabilitar á su capricho las opiniones abandonadas, y buscar en todo materia de dudas y disputas interminables.

Se nos calumnia todos los dias, y se nos dice, que somos enemigos de la ciencia y de la luz por el celo de nuestro santo ministerio; y en nombre de la ciencia y la luz venimos á protestar desde esta cátedra contra tantos libros, cuyas líneas y páginas son un insulto y amenaza á la recta razon. Y en nombre de la fé católica y de la luz humana decimos: ved esos libros, en los que no se enseña ni aprende otra cosa que á dudar de todo, y so pretexto de ilustrar, se admiten toda clase de cuestiones, mezclando de tal modo la apariencia y la realidad, que nuestro entendimiento vendria á caer en el extremo de nada creer. Recordad que la razon constituye la dignidad del hombre, y tened tambien la de no sacrificarla á los sofistas y extravagantes. Recordad que la razon es el carácter distintivo de una nacion inteligente; no comprometáis esta dignidad del país, aceptando los delirios de escritores atrabiliarios indiferentes para lo bueno y lo malo, que por su atrevida arrogancia no buscan en la muchedumbre sinó á señalar su opinion. Recordad, por último, que la razon hace el mérito de los autores y la estimacion de sus obras; y así, anatematizando los escritores corruptores, respetad el talento y sus escritos. Esta es la venganza que os suplicamos contra los escritores infieles, la cual es favorable á los mismos, así como en favor de la religion y de la sociedad.

2. El efecto de los malos libros es privar de la conciencia al pueblo. Y yo pregunto: ¿cuál puede ser la accion de tantas obras detestables que circulan á profusion, sinó debilitar y minar, poco á poco, hasta llegar al aniquilamiento de las buenas costumbres? En nuestros

dias se habla mucho sobre reforma de los pueblos; se ocupan en teorías, invenciones, proyectos y ensayos, que solo son para encadenar yo no sé qué inaudita perversidad que amenaza corromperlo todo.

Reformad los escritores, y el pueblo será reformado. Si con tantos libros todos los dias insultan la creencia y principios religiosos, ¿por qué os admirais que tantos desiertan, y poco á poco abandonen los principios y la creencia? Qué; pues demolis los diques de los rios, ¿y os extrañais salgan de madre? ¿Aplicais una mecha á la pólvora, y quereis no haya explosion? Considerad, temblad y meditad en tantos libros como insultan é impelen al olvido total de todo precepto moral. Entre ellos no conoce el mal limite alguno, el que se reproduce bajo todos aspectos, y se multiplica por la complicidad de las pasiones, artes y dañosas industrias que vemos por todas partes. Astutos en tomar cualquiera forma, cada dia se mudan con diferentes caracteres para acomodarse á la continua variedad del gusto, condicion é inclinaciones de la inteligencia. Aquí, la corrupcion apoyada por la razon: allí, la más desenfrenada por aquellos que de ningun exceso se asustan; ó de otro modo toma la forma de cortesana, elegante y atenta por los que quieren aparentar decencia en la blasfemia, y cierto pudor hasta en el escándalo. Hay corrupcion que se dirige á la inteligencia, á las inclinaciones, y á la inocencia, que la alucinan de un modo particular para perderla con seguridad; y la hay satánica, que hiere con cierto miramiento, que degüella y mata con fingido respeto. Ingenua en jugar á todos palos, tan pronto declama y diserta, como se presenta con ademan de sentimiento, con el atractivo de sensibilidad y lenguaje de la virtud, á fin que todo le sirva de lazo, y se haga la inocencia misma una especie de instrumento y cómplice de su ruina y de su muerte. Transportada con la rapidez del rayo de un extremo á otro, en todos los sitios se presenta y hace millares de víctimas.

¡Hombres del progreso, apóstoles de la tolerancia, indignaos y lamentaos ahora de la disolucion desenfrenada, y de la licencia y desorden inmoral! Sí, lamentaos de la infancia, madura para el crimen antes de serlo para la razon: aquél conoce que apenas tiene vida, y precoz para las pasiones, ha agotado el mal antes de que le sea conocida la virtud. Lamentaos de esta porcion de la cara juventud, esperanza de la sociedad, de la que luego hará parte, que no pregone el olvido ó menosprecie su deber, abrazando todas las ilusiones antes de haber recogido las flores de la vida, y como mofándose, se desembarace de la existencia. Lamentaos de las clases laboriosas, de este pueblo, que con su sudor sustenta el país, cuando no le defiende derramando su sangre, ó suministra á los tribunales un número de conde-

nados que todos los dias aumenta. Compadeceos de tan claras verdades como en estos tiempos están alteradas en la conciencia pública: que haya tantos escándalos que deshonoran las familias, que la paternidad da el funesto ejemplo del extravio deplorable, y no comprenda cuál es su dignidad y su respeto. Quejaos de que en medio de vosotros se crie un raza que vive de la rapiña, cuando los demás viven de su trabajo. Lo que hay entre nosotros no es el crimen aislado, sino que se aumenta, secta oculta en la sociedad visible, que tiene por leyes el hurto y la muerte, el poder sin sancion, que organiza el expolio y latrocinio, tiene castigo para el delator, administra la maldad con el crimen, que asusta la ley misma, y hasta se teme que la publicidad de las causas sirva de instruccion y de ánimo á los delincuentes. Por último, lamentaos y compadeceos, porque siempre os diré que los malos libros explican y preparan á todo.

Escritores de reputacion llaman al deber una quimera; ¿y os admirais que no sea respetado? Enseñan que Dios no cuida de las cosas humanas, que cada uno es dueño y árbitro de su corazon y acciones; ¿y os asombráis de que el temor de Dios no ligue el brazo del delincuente? Dicen más; todo está en lo presente; y siendo así, ¿extrañais que quieran gozar del mundo libremente, fuera del cual, segun sus réprobas máximas, no hay más que la nada, que el mal consiste en oponerse á las pasiones é inclinaciones? ¿No creéis simple y natural que doctrinas semejantes hallen adeptos, que las aplican á la práctica en desprecio de la ley y á expensas de la vindicta pública?

Una cosa me sorprende, y no es que tiemble y bambolee el edificio social, sino el que se sostenga y esté en pié, y á pesar de cuanto se emplea para confundir y desquiciar esta creencia pública, más y más se mantiene y progresa. Nosotros mismos somos insensatos y ciegos, porque con nuestra indiferencia los malos escritores se descarcan y esfuerzan en la propagacion de sus doctrinas; y no impugnarlas para detener el mal profundo que hacen, es lo mismo que aplaudirlas y que se realicen sus sistemáticos actos.

¿Qué responderemos á estos escritores si nos dijeran: estos son los excesos del talento, que vuestra indulgencia ha producido; y si nosotros pervertimos los pueblos, vosotros pervertís los escritores? Tenemos la malhadada pasion de hacernos célebres; mas dependia de vosotros que solo fuese una flaqueza, sin degenerar en crimen. Se debieron reprimir nuestros primeros extravíos, y no recompensar sino al virtuoso. Si vuestros aplausos se hubieran dado al talento y la virtud, ¿no habríamos respetado nosotros la creencia y las buenas costumbres? Si á quien lisonjeaba vuestras inclinaciones le hubierais

despreciado, ¿habríamos pensado nosotros en acariciarlas? Si somos culpables, vosotros sois la causa; y si nosotros hemos publicado escritos peligrosos, vosotros habeis hecho los malos escritores.

El efecto de los malos libros es el de atentar contra la civilizacion moral y nacional; y ¿qué cosa es la civilizacion en el rigor de la palabra? El respeto debido á todos los derechos. Entendámoslo bien, hermanos míos; el comercio puede desarrollar las riquezas de un país; el ejército hace respetar el exterior y adquirir gloria; las ciencias y artes, relevar su ingenio; mas la verdadera civilizacion consiste en el respeto de las leyes y de todos los derechos que emanan de ellas. Quitad ó destruid este respeto, y el comercio, ciencias y artes no serán más que una barbarie, si se quiere, sábia, opulenta y temible, pero barbarie siempre. Luego yo pregunto: ¿los derechos están en las propiedades de la vida ó en los intereses materiales del hombre? Qué, ¿no están por excelencia en la creencia religiosa los deberes, y, en una palabra, en la conciencia? Pues bien, aquí está la civilizacion en grado eminente, que los escritores impíos y corruptores no cesan de perseguir con sus ataques. Que sus máximas detestables lleguen á dominar, y la civilizacion perecerá sin remedio. ¿Qué sería, pues, de una sociedad, en la que no se hallara por todas partes sinó lazos y asechanzas tendidas al alma, y escollos á la fé y á la inocencia, temblar y temer á todo instante por su conciencia, lo mismo que se teme por el oro cuando se pasa por un camino infestado de salteadores?

Si nuestra pátria, no lo permita Dios, abandonara sus magistrados; si vendida por los guardianes naturales de la justicia y del orden se viera sin defensa; el latrocinio con los demás crímenes levantase la cabeza, insultando y despreciando magistrados sin autoridad, las leyes sin fuerza comprometer la seguridad individual y los intereses, diríais, y con razon, que la civilizacion ha desaparecido y ha declinado al estado de barbarie absoluta. Se trata de civilizacion más augusta y cara que la que sólo protege los intereses temporales: civilizacion que asegura la fé y protege los derechos del hombre, en la cual la conciencia encuentra norte fijo, principios, la virtud salvaguardia, y defensores la inocencia. Menospreciad, pues, todos los libros malos é impíos, y manifestad con vuestro desden y anatema, que el reino católico es siempre digno de marchar por la senda de la verdadera civilizacion.

Escuchad la voz de la pátria para responder bien á ella. Acaso va en ello tanto vuestra existencia como la del pueblo, pues que es el último objeto de los libros impíos. Todos creéis en la providencia que

gobierna las naciones y los individuos, y que ordena entre ellos sus justos destinos. ¿Cuál es, pues, el efecto inevitable de las producciones impías, sinó provocar la cólera divina, que en los decretos de su eterna justicia señala la hora fatal que hace desaparezcan los imperios y los pueblos de la faz de la tierra?

Esto es lo que quisiera inculcar en todos los entendimientos. Los pueblos tienen representantes que los personifican, y en los que viven mientras son pueblo. Así como obran los pueblos por el poder público, que sancionan las leyes hechas por los depositarios de la soberanía, que administran justicia por sus magistrados, y que con el ejército defienden la pátria, del mismo modo piensan y hablan por los escritores públicos. Cuando la mayoría de los autores profesa altamente el desprecio de las creencias, dudas y pasiones, y que no consigue ménos influencia y celebridad, entónces se hacen públicas sus doctrinas; la impiedad de los tales es comun á todos; su escándalo es la falta de todos, y por esta misma ilacion el crimen se hace nacional.

Como dijo un sábio ilustre, la literatura es la expresion de la sociedad; luego, si ésta duda, blasfema, reniega de su conciencia é insulta á Dios, impelida por la cáfila de tantos escritores blasfemos, impíos é inmorales, ella misma se hace culpable y digna de castigo. Dejad que se rian los sofistas de Aquel, que desde lo más alto de los cielos cuida de las criaturas, y de que se persuadan que las naciones no están como los individuos bajo su divina omnipotencia. El Espíritu Santo dice: «La justicia levanta las naciones: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum*; el pecado es la miseria del pueblo.» Puede olvidarse la justicia de las criaturas de la tierra, segura de hallarlas en la eternidad; mas, no olvida los pueblos, y más pronto ó más tarde llega su hora suprema. Dios castiga en tiempo los pueblos que no subsisten sino por el tiempo, y cuando desde este púlpito protestamos contra tantos libros de impiedad, lo hacemos en nombre de Dios y por el pueblo. No venimos á gemir y lamentarnos como sacerdotes y predicadores de los ataques contra la divinidad y la santa Religion; venimos también como ciudadanos para conjurar la ruina y males de la pátria: se trata nada ménos que de los mayores intereses del pueblo y pátria, del tiempo y eternidad; y cuando os pedimos que anatematicéis, no solo es acto religioso, sinó que igualmente es nacional. Si condenais los autores, absolvéis el pueblo para con Dios; despreciáis el escritor en su obra impía, desarmais la venganza divina: Dios no castiga dos veces; y así, venga la religion vuestra justicia, y salva los intereses del pueblo.

Por último, si hay en este auditorio algunas personas que han recibido del cielo el don de la inteligencia, os rogamos seais fieles á tan noble mision. No permitais jamás, se ataquen con tanto descaro la creencia y costumbres morales. Tened siempre presente, que hay un juez que pesa y mide la suerte de las naciones; en vuestros escritos respetad profundamente la religion y sus creencias; rechazad con la pluma los impíos ultrajes que se hacen por la pluma; que esta prerogativa concedida del cielo os haga como apóstoles para oponeros á los del infierno, y así relevareis lo que quieren abatir, y recibireis en recompensa el homenaje de la religion y la gratitud del país.

Escritores corrompidos, vuestro delito es de una malicia sobrehumana; el mal que ocasionais, excede vuestra voluntad. Afla, que se decía el azote de Dios, no tuvo un poder igual al vuestro. Este le tuvo de Dios, y vosotros le habeis tomado de Satanás. Aquél, bárbaro y con la fuerza material, no devastaba sinó el suelo; mas vosotros, bárbaros de la inteligencia, lo que devastais y haceis perecer es el mundo espiritual, el alma, la conciencia, el culto religioso, la sana moral y todo lo más digno del hombre; inmolais las ideas y destruis el germen benéfico que hace los pueblos y los siglos.

Con el tiempo pueden repararse las ruinas materiales; con el trabajo se fertiliza la tierra, y las pérdidas se reparan con la economía. Y ¿cuántos años no se necesitan, y aún siglos, para relevar la fé amortiguada, reanimar los buenos principios casi extinguidos, y restituir al pueblo que ha sido muerto su alma que le dé vida?

Vosotros acabaréis y vuestras obras os sobrevivirán para reprobacion eterna. Aunque el cielo os dé una luz con que pidais perdon de tantos males causados, y vuestra retraccion sea la más sincera y humilde, no bastará para reparar el escándalo, ni á corregir el daño de tantas víctimas como vuestros libros han hecho; y lo peor es, que no impedirá el que las hagan aún. Si algun día el cielo os llama, ¿qué de lágrimas amargas tendreis que derramar! Y si vuestra dureza ó impenitencia os lleva á la presencia de aquél Sumo Juez, ¿qué terrible juicio os espera! Hé aquí, hermanos, lo que son los malos libros y sus autores.

No dejaré esta cátedra sin llamar la atencion de vuestra fé. Hasta aquí he hablado en algun modo como moralista y ciudadano, y al terminar debo hacerlo cristiano y sacerdote. Venid conmigo al borde del abismo donde gimen y se lamentan tantas almas como han perdido al Supremo bien: oid sus quejas é imprecaciones por su infelicidad y desesperacion. ¡Ay! Estas almas fueron criadas para el cielo que les ha sido cerrado. Su mal durará por toda la eternidad, y no ce-

sarán de acusar y maldecir á los que las perdieron. Desgraciados somos. exclaman, y desgraciados seremos miéntras Dios sea Dios, por haber bebido en la copa fatal; pero, desgraciados aquellos que la han preparado; ¡ay de aquellos desgraciados que han perdido nuestras almas! Rechazad y despreciad sus libros: alejaos para siempre de tan detestables obras, y así os librareis de los precipicios en que han precipitado á tantas almas.

¡Ah! no somos los enemigos de aquellos que rebatimos y atacamos. Por el mal que quieren hacernos, nosotros queremos hacerles bien, hasta dar nuestra sangre por rescatar sus almas condenadas sobre la tierra, porque se libren de la condenacion en la eternidad. Corremos y detengamos el fatal progreso de su pestilente influencia, con el cristiano fin de descargarlos parte de la pesada carga con que sus almas serán presentadas delante del tribunal supremo de un solo Dios y Juez airado.

Todavía nos queda otro mayor interés que clama la solicitud de la fé cristiana, y es la injuria que se ha hecho y hace á Dios. Representaos todas estas extravagancias del entendimiento y de la imaginacion: oid esas voces semejantes al ruido de una ciudad grande y tumultuosa que resuenan en el aire: esas blasfemias que suben hasta el trono del Altísimo, que provocan su justicia; y desde este templo de Dios vivo, unamos nuestros lamentos á los dolorosos gemidos que salen del santuario y digamos: misericordia, Señor, misericordia por tantas injurias y desacatos. Vos, Señor, que sois el supremo Legislador, perdonad por tantos escritos con que atacan vuestra divina omnipotencia. ¡Oh Dios, que sois juez y remunerador! perdonad por tantas blasfemias que niegan vuestra justicia y la provocan. Vos, Señor, que sois la misma verdad, perdonad por tantos delirios con que la humana lengua insulta vuestra palabra infalible: que sois todo amor, y que tanto nos habeis amado, perdon, Dios mio, perdon por los desacatos de esos hombres que no tienen otro dios que los deleites: perdon, Señor, y que nuestra sumision repare todos los extravíos de estos insensatos, y que excedan vuestras alabanzas á sus blasfemias; nuestro amor alcance el olvido de sus ingraticudes, porque vos, mi Dios, sois solo la gloria y el verdadero amor en los siglos de los siglos. Amen.